

Sobre contarnos historias

Será este, el de contarnos nuestra propia historia, el ejercicio más humano al que siempre volvemos

TARANTAS DEL PARQUE
CARLOTA JIMÉNEZ



Esta civilización acelerada lleva años vendiendo ficciones útiles y destellos momentáneos de luz. De esta premisa parte la nueva comedia dramática japonesa 'Rental Family': vender experiencias, capitalizar el deseo y la soledad.

Con un desarrollo que roza la emocionalidad superflua, la trama transcurre en un Japón hambriento de historias, de narraciones internas. Quizás sea este el aporte más interesante del largometraje: nos contamos cuentos para vivir. Ya no importa si la ficción nos consume o si acabamos en el fondo de nuestras propias fabulaciones. Dice Camila Sosa Villada en 'Las Malas' (2019): yo tomé por costumbre mentirle mucho al vulgo y le digo por favor y gracias a cualquiera, y perdón también, en todos los colores, y la gente se

La trama transcurre en un Japón hambriento de historias, de narraciones internas

EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

Dos películas



Una es pretenciosa. La otra, preciosa. Hay dos nominadas a mejor película que parecen estar en la misma onda y no pueden ser más diferentes. Dos películas, digamos, lánguidas. Seguro que hay quien diría orgánicas, que es una palabra que ahora se utiliza mucho y no entiendo nunca qué significa (salvo para la basura). Me refiero a 'Hamnet' y a 'Sueños de trenes'. La primera, basada en la novela de Maggie O'Farrell (y coescrita por ella con Chloé Zhao). La segunda, tam-

siente bien y te deja de molestar por un momento.

El relato nos sostiene. Tal vez por eso esta película sea tan predecible, porque desvela su truco, porque cae presa de su narración sin lograr convencernos de ella. Los espectadores, también ansiosos de contarnos, esperábamos la dosis de magia que interrumpiera nuestra cotidianidad desenfrenada. Porque los relatos te obligan a sentarte a escuchar cadencias antiguas, leyendas de toda la vida, mezcladas con voces nuevas que emergen de lugares insospechados. Aquí me senté a escuchar pero solo me conmovió la voz de un anciano con demencia, que escarba en paisajes lejanos su vida antes de su vida, rescatando anhelos de infancia y juventud de un agujero en la tierra. Escarbó en la tierra tratando de recordarse, se narró para seguir viviendo.

Será este, el de contarnos nuestra propia historia, el ejercicio más humano al que siempre volvemos, a veces como máscaras sin voz, quién sabe si la perdimos en fábulas ajenas.

bién basada en una novelita de Denis Johnson, dirigida por Clint Bentley. Esta es la película preciosa. Un western sin tiros. Hay en 'Hamnet' una preocupación por ser la gran cosota, que dirían en una tele-novela venezolana. Por hacer una película importante. Y, vale, es bonita. Y a Jessie Buckley te la quieres llevar a casa. Pero es 'Sueños de trenes' la que, hablándote al oído, susurrándote, despertando la mirada, consigue conmoverte. Ser o no ser una película inolvidable.

Tanto dolor

El dolor, entendí tras un accidente, no es una metáfora: es un idioma que se aprende a golpes

TIRANDO A DAR
ANA MARÍA TOMÁS



El dolor no siempre llega con estruendo. A veces entra despacio, como una habitación que se queda sin aire.

Yo lo aprendí antes de saber nombrarlo: con la pérdida de mi padre, el cual dejó un hueco irreversible en la mesa; en la certeza de que hay ausencias que no se superan, solo se acomodan. Más tarde lo conocí de otro modo, desde dentro del cuerpo, tras un accidente que me llevó a quirófanos sucesivos, a la paciencia forzada de la recuperación y a esa extraña intimidad con el miedo que dejan las cicatrices. El dolor, entendí entonces, no es una metáfora: es un idioma que se aprende a golpes.

Por eso, hoy me cuesta escribir sobre el accidente ferroviario en Andalucía sin que se me cierre algo por dentro. Dos trenes. Una colisión. Y, de pronto, vidas que se cruzan para siempre con la tragedia. Las cifras informan, pero no explican. Los titulares cumplen su función, pero no alcanzan. Porque detrás de cada víctima hay una biografía interrumpida, una rutina que ya no volverá a cumplirse, alguien que salió de casa sin saber que no regresaría o que regresaría distinto, herido, roto, marcado. Y luego están los milagros, porque no se puede explicar con otra pala-

bra que una niña de seis años quede ilesa en el mismo lugar donde han muerto los cuatro miembros de su familia.

Cuando uno ha pasado por el dolor —el propio, el heredado, el compartido— sabe que no todos los sufrimientos hacen ruido. Hay dolores silenciosos: el de los familiares que esperan noticias mirando una pantalla que no responde; el de quienes reconocen un objeto personal en un hospital; el de los supervivientes que se preguntan por qué ellos sí. Y hay otro dolor más lento, menos visible, que llegará después: el de reconstruir la vida cuando la vida ya no encaja.

El accidente ferroviario no es solo una investigación técnica, es, sobre todo, una herida colectiva. Andalucía despertó, hace unos días, con una tristeza que no distingue ideologías, porque el dolor ajeno, cuando es tan evidente, se vuelve de todos, y así respondió todo el pueblo de Adamuz, con una generosidad extrema: mantas, comida, focos, ayuda, compañía, empatía...

Recuerdo mis propias operaciones, la fragilidad de depender de otros para lo más básico, el vértigo de no saber si el cuerpo responderá igual. Pienso en los heridos de este accidente, en quienes ahora están aprendiendo a tener paciencia con su propio cuerpo, a aceptar límites nuevos, a ne-

Honrar a las víctimas implica exigir que lo ocurrido se entienda y no se repita

gociar con el miedo. Nadie sale ileso de una experiencia así, aunque las heridas no siempre se vean. El trauma también se instala en la memoria, y desde ahí exige tiempo, cuidado y escucha.

Para hablar de las víctimas se necesita algo más que respeto, se precisa contención. No convertir el dolor en espectáculo, no usar la tragedia como moneda de impacto. Nombrar a las víctimas es reconocerlas como personas, no como números. Es entender que el duelo no tiene calendario y que la recuperación no es una línea recta.

También hay una responsabilidad pública que no podemos esquivar. Las tragedias no son solo fatalidades: son preguntas abiertas sobre seguridad, prevención y memoria. Honrar a las víctimas implica exigir que lo ocurrido se entienda y no se repita. Pero incluso esa exigencia debe hacerse con humanidad, sin olvidar que, mientras debatimos, hay familias atravesando el peor día de su vida.

El dolor, cuando se comparte, no se reduce, pero se vuelve más soportable. Quizá por eso escribir hoy es una forma de acompañar. No para explicar lo inexplicable, sino para decir que el silencio también puede ser una forma de respeto. Que la empatía no necesita grandes gestos. Que, a veces, basta con detenerse, mirar de frente la tragedia y no apartar la vista demasiado pronto.

A las víctimas del accidente ferroviario en Andalucía les debemos memoria, verdad y cuidado. Y a nosotros mismos, la honestidad de reconocer que nadie está completamente a salvo del dolor. Solo podemos aprender a mirarlo sin huir, a pronunciar los nombres que deja atrás y a seguir adelante sin olvidar.

CARTAS AL DIRECTOR

La horda trumpista

El mundo es, desde su ascenso al poder, mucho más peligroso. Una bestia como Donald Trump (que significa 'hombre rudo, ignorante', según la RAE) ha irrumpido por segunda vez en el tablero de ajedrez mundial, dispuesto a eliminar a quien se le oponga, no por méritos, sino por decreto. Creo que su eslogan no es el correcto. Cuando dijo 'America first' ('América primero') quería decir 'I am the first' ('Yo soy el primero').

Es un tipo narcisista, un cua-

si psicópata, nacionalista exacerbado, que defiende a los Estados Unidos de América mediante la razón de la fuerza, exhibiendo su poderío militar en cualquier país. Sus dos últimas 'genialidades' son Venezuela y el intento de anexionarse Groenlandia. Hablando en román paladino: quiere robar el petróleo de Maduro y las fuentes de riqueza natural de la isla ártica.

Desengáñense los ilusos para quienes este iba a ser el libertador que traería los derechos humanos a la República Boliva-

riana de Venezuela. ¿Y qué decir de Groenlandia? En el pasado, el 'tio Sam' compró Alaska a los rusos por unos seis millones de dólares. Ahora es, desde su mente obtusa y psicopática, el turno para esta 'ínsula Barataria' que gobierna Dinamarca.

Este tipo anhela mucho más: quiere el hemisferio norte para saciar su sed territorial. ¡Ah, por cierto! Es obvio que no ha leído jamás 'El Quijote', por no decir que solo lee cheques en blanco.

Nunca ha habido en la historia de Estados Unidos un presidente tan inepto como peli-